

CINIE

FERNANDO MERINERO, DIRECTOR DE «LA NOVIA DE LÁZARO»

«Lo arriesgado en la vida y en el cine es no ser conformista»



«Ver un asesinato o una tortura en directo en el telediario me parece mucho más fuerte que ver una mamada, que se hace con naturalidad y amor» (Foto: García Poveda).

La novia de Lázaro es el tercer largometraje de Fernando Merinero (Madrid, 1958), un director que apuesta por un cine que aproxime al espectador a las emociones y las miserias de sus personajes a través de un peculiar estilo muy cercano al cine documental. A través de la historia de Dolores, una emigrante cubana que llega a España a encontrarse con su novio y lo descubre cumpliendo condena en la cárcel, Merinero construye un filme valiente y lleno de sentimientos encontrados que nunca deja indiferente. El director de *La novia de Lázaro* nos contó su particular visión del cine y de la vida.

—La novia de Lázaro llega definida con el término de «película viva». ¿Qué es una «película viva»?

—Es una película que tenga la capacidad de transmitir al espectador que lo que está viendo en la pantalla es vida en estado puro, que los artificios de las películas conven-

cionales no existen y que los actores están viviendo y sintiendo su personaje de tal manera que, en ese momento, hay una transmutación y son el propio personaje. Me gusta la idea de aproximarme en las películas de ficción a ese terreno casi documental.

—¿La novia de Lázaro es una película arriesgada?

—Lo arriesgado hoy en día, en la vida y en el cine, es no ser conformista. Hay que reivindicar el espíritu de transgresión porque corremos el riesgo de ser cada vez más conservadores y caer en el pensamiento único y en lo políticamente correcto. Creo que hay que arriesgarse en todo. Arriesgarse a vivir, a sentir, a cambiar de trabajo si el que tienes no te gusta. Es mi filosofía de vida y sería hipócrita que no lo trasladara de alguna manera al cine. Por ello, me parece que la película es arriesgada y, a la vez, luminosa, que en la combinación de riesgos por mi forma de trabajar creo que permite al espectador cuestionarse cosas.

—En ese sentido, creo que es muy valiente el tratamiento tan crudo de las escenas de sexo...

—Las escenas de sexo son abundantes, pero en la película hay sobre todo amor y ternura. La relación entre los dos protagonistas es puro instinto y eso, para mostrarlo en toda su radicalidad, exigía escenas de sexo.

—Sí, pero yo me refería al riesgo de llegar a mostrar sexo explícito en la pantalla. Hay una escena donde Dolores le hace una felación a Lázaro que podías haber suprimido en el montaje para evitar problemas de distribución y sin embargo está en la película.

—Esa escena es un ejemplo del método de trabajo con el que se hizo la película. He de reconocer que yo no les dije que llegaran a ese extremo, quería un encuentro muy epidérmico, muy carnal. La rodamos en un parque y estaba con la cámara cuando, de repente, Claudia Rojas, interpretando el personaje de Dolores, empezó a mamársela. Seguí rodando porque vi que ella no lo hacía con un afán provocador, sino sintiendo el personaje plenamente. Luego pude haber suprimido la escena en el montaje pero me parecía una trampa, primero por la autocensura y luego porque hubiera sido injusto para el esfuerzo de ella, que no es pareja de Roberto, en su trabajo de vivir el personaje.

—De todas formas, una escena así te cierra algunas puertas por el posible escándalo que pueda acarrear...

—Puede ser mal juzgada por un sector del público, pero creo que nos tenemos que acostumbrar a la ver al ser humano en sus más bajas pasiones con naturalidad. Ver un asesinato o una tortura en directo en el telediario me parece mucho más fuerte que ver una mamada, que se hace con naturalidad y con amor. No hay una intención perversa en la película, ni está hecha para buscar una sensación sórdida, sino se muestra con naturalidad.

—Has reconocido que estuviste interesado por el movimiento Dogma pero que esa decálogo formal te parecía demasiado cerrado. ¿No crees que la etiqueta de «película viva» puede caer también en ese dogmatismo?

—Espero que no. No pretendo caer en el dogmatismo de poner unas normas que hay que cumplir inexcusablemente. El problema de Dogma es que se ha quedado meramente en lo formal, porque las normas que hay que cumplir son estrictamente de forma, con independencia del contenido. Esto me parece dogmático en el mal sentido, porque me gusta más el contenido que la forma, lo dogmático que lo superficial. Cuando un movimiento que nace virgen acaba convirtiéndose en una especie de monstruo mediático, me parece que trampa con un código.

FRANK LASECCA